

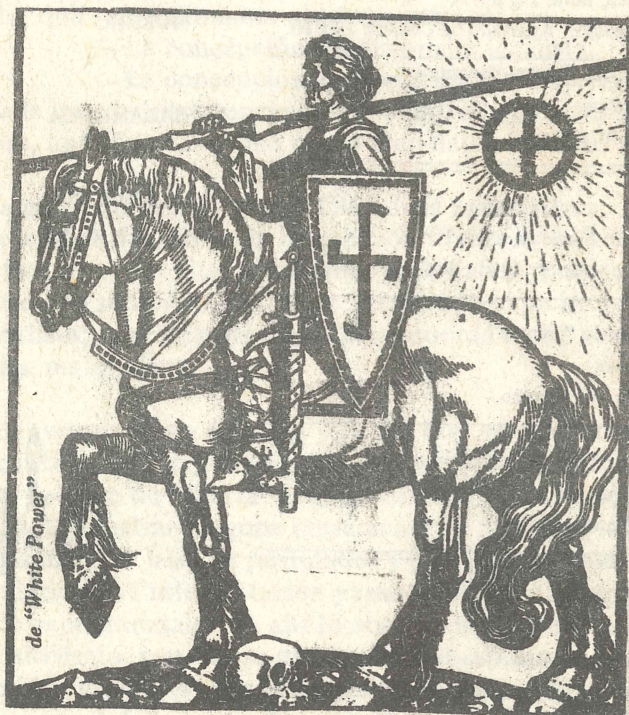
CIRCULO ESPAÑOL DE AMIGOS DE EUROPA

CEDADE

BOLETIN CEDADE — Ap. Cor. 14010 Barcelona — AÑO IX. Núm. 57 — FEBRERO 1975

FRENTE CULTURAL DE CEDADE DE BARCELONA

THULE NUMERO 1



CEDADE NO ES UN PARTIDO POLITICO
CEDADE NO ES UNA REVOLUCION ECONOMICA
CEDADE NO ES UN CAMBIO SOCIAL
CEDADE NO ES UNA PIRUETA INTELECTUAL
CEDADE ES UNA CONCEPCION DEL MUNDO
UNA CONCEPCION TOTAL É INTEGRAL
INDESTRUCTIBLE E IRREVOCABLE

Presidente y Director: JORGE MOTA
Vicepresidente y Jefe Prensa: Agustín Vargas
Administrador: Ramón Bau
Jefes de Sección: Antonio Medrano
Jesús Palacios
Margarita Gumiel
José María Asensi

BARCELONA Juan Massana
Local social, redacción, talleres y administración
Calle Séneca, núm. 12. Bajos.
Dirección postal: Apartado de Correos 14.010

—Grupo barrio “Borne-Barceloneta”

Jorge Carrera
Calle Gruñi, 6, bajos.

MADRID I. Palacios
Local social: Magallanes 20. 1
Dirección postal: Apartado de Correos 14.225

—Grupo barrio “Centro”

José García
Preciados, 37, tercero.

—Grupo barrio “Cuatro Caminos”

Juan Velázquez
Doctor Santero 25

ZARAGOZA Fernando Lecina

Dirección postal: Apartado de correos, 3.122

Edita e imprime: Círculo Español de Amigos de Europa. CEDADE. Registro Provincial de Asociaciones, sección 1ª, núm. 163 de Barcelona. Registro Provincial de Asociaciones, número 1.681 de Madrid.
Exento Director periodista.

DL B-41146/69

ALICANTE Manuel J. Vidal
Ap. Correos 630
CORDOBA Manuel Chacón Calvo
Ap. Correos 375
MURCIA José Hernansaez
Marqués Velez, 13

SALAMANCA Carlos Galicia
Gran Via 55

ALCALA DEL
VALLE (Cadiz) Manuel Delgado
Jose Antonio 37



Editorial.

El Movimiento Nacionalrevolucionario y tradicional europeo dista mucho de ser un movimiento estrictamente político, representa una concepción total del mundo —Welstanschauung—, concepción total que incluye una ciencia propia, una propia forma de ser, y una característica postura ante la vida. En ésto precisamente nos diferenciamos del enemigo, y no sólomente en el modo de pensar, que se deduce naturalmente del todo.

Existen hoy en día dos grandes concepciones totales del mundo, que son totalmente opuestas entre sí:

—La concepción tradicional o idealista.

—La concepción antitradicional o materialista.

Cada una de estas concepciones desarrolla un arte, unas ciencias, una filosofía y una moral bien determinadas.

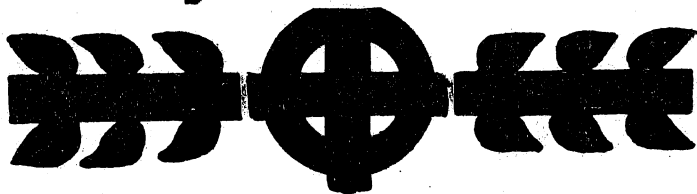
La gran catástrofe del año 1945 de la era cristiana, de otros desastres, como la Revolución Francesa, la Revolución Soviética, etc., por citar sólomente los de índole política y más recientes, ha representado la hegemonía actual de la concepción materialista; y, acompañándola la hegemonía de las artes y las ciencias materialistas.

Así, vemos cómo triunfan y se dan hoy en día como indiscutibles, una serie de teorías que en realidad, como el propio nombre de “teoría” indica, son indemostrables. (No se puede demostrar ninguna aseveración de la ciencia actual, pues toda ella se basa en postulados y teorías, las cuales no son más que una interpretación particular de una serie de hechos experimentales; de ahí lo absurdo del cientifismo y del positivismo, pues no se puede basar una filosofía en hechos tan mutables e inseguros). Ejemplos de ello son el triunfo actual de la teoría de conjuntos —acompañada de su correspondiente “lógica”— en la Matemática, de la teoría de la

relatividad en Física —en estas dos materias es quizá más patente la infiltración judaica que en otras—; de la teoría de la evolución en Biología, del psicoanálisis freudiano en Psicología, etc., en cuanto a la Ciencia. En cuanto al Arte, tenemos el arte moderno que ha pasado de ser instrumento de elevación al derivarse directamente del Espíritu —la Intuición o la “embriaguez dionisiaca de los instintos”, según Guenón o Nietzsche, respectivamente—; a ser simples elucubraciones intelectuales —pertenecientes al terreno de la razón, y, por tanto, no al del Espíritu—, o peor, simples portadores de los más bajos deseos del hombre. No hace falta citar, por ejemplo, la Literatura, el arte escénico y el Cine; cualquier lector se dará cuenta de la cantidad de bazofia que hoy se desprende de ellos.

Frente a este panorama desolador se levanta nuestra Cultura, minoritaria y casi desconocida en estos tiempos de barbarie; pero, por ser heredera directa de la gran Tradición primordial de los arios —y por ello, divina—, es eterna e inmortal, como eterno e inmortal es el principio divino del Hombre, y de la Raza.

En este corto espacio, se han sugerido varios temas, que, posteriormente, en éste y otros números de THULE, ampliaremos. Ello es suficiente para dar a entender el objetivo de THULE: dar a nuestros militantes esta visión monolítica y total de la existencia, nuestra Cultura y nuestro Arte, y, de paso, prevenir contra la labor de zapa de la contracultura enemiga.



Thule, la tierra del Sol

Por ANTONIO MEDRANO

Thule. En esta palabra queda comprendida toda la potencialidad de nuestra doctrina. En ella se encierra el más alto y profundo contenido espiritual de Europa; pues en la norma se concreta, en toda su integridad, la más pura tradición ario-olímpica. En el mensaje que guarda dicho nombre mítico hemos de encontrar —como una brújula que orienta en el camino hacia un Norte perdido—, el elemento inspirador de nuestra existencia personal y de nuestra acción en los momentos históricos actuales.

Con el nombre de “Ultima Thule” designaban las tradiciones helénica y germánica un legendario continente situado en el extremo septentrional, en las inmediaciones del Polo Norte, y al que eran atribuidas condiciones paradisíacas en épocas remotas. En el siglo IV antes de J.C., Pitheas, navegante y geógrafo griego de Massilia (Marsella), afirmaba haber puesto pie en la isla de “Thule”, situada —según sus referencias— a una distancia de seis días de navegación al Norte de Britania, próxima al mar helado y en la que los días duraban casi veinticuatro horas en verano, no existiendo apenas luz diurna en el invierno. La mayoría de los autores coinciden en identificar con Islandia la isla descrita por Pitheas; pero esto no impide que, al igual que ocurre con otros nombres míticos —véase el caso de Aztlán o de la misma Tula tolteca—, el nombre de Thule hiciera referencia en época anterior a un centro más remoto, del cual Islandia y otras regiones del Norte no constituirían sino un eco en tiempos históricos. De modo semejante, Irlanda, como observa Guenon, recibió en época relativamente reciente las denominaciones de “isla de los cuatro maestros” e “isla verde” (Erin); denominaciones ambas que se aplicaban primitivamente a tierras situadas más al Norte, incluida la misma Thule primordial (recuérdese, por ejemplo, que el nombre de Groenlandia —Grönland— quiere decir precisamente “país verde”).

Thule —que, para algunos autores, quiere decir “Tierra del Sol”— es una de las denominaciones del continente ártico o hiperbóreo; patria de origen de la raza aria y de la Tradición primordial. En tal sentido viene a corresponderse “Aryanem-Vaejo” iranio, el “solar de los arios” abor

abandonado por Yima, el legendario rey persa de los orígenes, al producirse su congelación; la “Sveta-dvīpa” o “isla blanca” de la tradición hindú, situada en las regiones del Norte y concebida como una “isla de esplendor” y “tierra de los Vivientes” (“Vivientes” en sentido eminente: aquellos que gozan de una forma superior de existencia); la Tula tolteca que, al igual que Thule —obsérvese la estrecha semejanza de los nombres— se presenta como una “tierra del Sol” (Tonalán) situada en el Norte; Aztlán, la patria septentrional de los aztecas, cuyo símbolo es una montaña

blanca situada en una isla (como pone de relieve Guenon, la imagen de la montaña blanca se aplicaba originariamente a la Tula hiperbórea equiparándose a la "montaña polar"); la "tierra de Apolo", el Dios del Sol, localizada en las regiones hiperbóreas, de la tradición helénica; el "Mitgard" nórdico-germánico o las legendarias islas Avalón y Tirna n-Og de los mitos célticos. Es también la mítica Tschang Chambhala, la "ciudad del Norte", de la Tradición tibetana, o la isla de Kou-Chee de que hablan algunas tradiciones chinas, habitada por los "hombres verdaderos", ésto es, por aquellos que se han reintegrado al "estado primordial". Thule es, pues, aquel continente boreal originario, dotado de excelentes condiciones climáticas en la más remota protohistoria, al que hacen referencia de modo más o menos claro numerosas tradiciones. Continente del cual arrancaron, para difundirse por todo el globo, la dispersiones de las estirpes arias; dispersiones que alcanzaron su punto culminante al producirse los cataclismos cósmicos que asolaron dicha tierra primordial, provocando su congelación y el hundimiento de grandes zonas de la misma. No es éste el lugar de analizar los datos geológicos, antropológicos, astronómicos, míticos, etc., que apoyan esta idea de la derivación nórdico-boreal de los troncos raciales superiores de la humanidad. Basta señalar que la mayoría de los especialistas se inclinan a situar en las regiones del Norte de Europa el origen de las estirpes indo-europeas así como de la raza nórdica, que es la que en sus rasgos físicos y anímicos reproduce con mayor fidelidad el tipo ario-boreal originario, y que los mitos de los más diversos pueblos —como hemos podido apreciar en una rápida ojeada— proporcionan claras referencias en torno a este origen polar. Uno de los más documentados estudios sobre este tema es la obra del autor indio Bal Gagandhar Tilak "The Artic Wome in the Vedas". "Si alguien quiere —afirma el citado autor— buscar los mismísimos orígenes de la Cultura aria debe remontarse más allá del último período glaciario, y observar cómo los antepasados de la raza aria vivían y trabajaban en su primaveral patria Polar".

Pero no se agota aquí, en esta realidad histórico-geográfica, el significado de Thule. Tras ella se encierra un profundo significado espiritual, metafísico y superhistórico, al que va íntimamente asociado todo el simbolismo polar del continente primordial.

En su obra "Rivolta contro il mondo moderno", Julius Evola traza, de acuerdo a la doctrina tradicional, una filosofía o mito de la historia en que aparecen claramente dibujadas las líneas que han regido la evolución de la humanidad desde los orígenes hasta los tiempos modernos. Evolución determinada por una progresiva involución que sigue las fases de un proceso cíclico en el que se señalan cuatro edades o eras fundamentales: la Edad de Oro, la Edad de Plata, la Edad de Bronce, y la Edad del Hierro, según la terminología de Hesíodo —Satyâ-yuga, Tretâ-yuga, dvâpara-yuga y Kali-yuga, según la terminología indo-aria—. **La primera, la Edad de Oro, época de los más remotos orígenes, corresponde al continente ártico o hiperbóreo representando el punto más**

alto de la existencia del hombre y estando caracterizada por una espiritualidad de tipo viril y solar, de la que constituye la más pura expresión la institución de la realeza sacral. La eclipsación de este elevado y radiante patrimonio de los orígenes, da lugar en un primer momento a una espiritualidad opaca, pasiva, sentimental y extrovertida, —espiritualidad lunar—, caracterizada por la meditación y el abandono a fuerzas externas; y, por tanto, de tipo marcadamente femenino, de la que es personificación característica el tipo del SACERDOTE. Surge así la Edad de la Plata (la plata como metal asociado a la Luna, planeta opaco, carente de luz propia; en la simbología tradicional, la plata es a la Luna lo que el oro al Sol). La tercera Edad, la Edad de Bronce, viene contrasñada por la rebelión de una casta guerrera, espiritualmente degradada y embrutecida —ésto es, de los representantes de una virilidad materializada—, contra el tipo de espiritualidad encarnado por el sacerdote. Se perfila una civilización violenta, salvaje y brutal; en la que la fuerza, la guerra y las virtudes marciales han perdido su profunda proyección trascendente. Es a esta fase a la que aluden los mitos de la rebelión de los Titanes, de Lucifer y de los Gigantes. Por último, sobreviene la Edad de Hierro, la "Edad Oscura" de la Tradición hindú, en la cual adquieren preeminencia las fuerzas inferiores y se desencadenan los elementos abisales, se rompen todos los límites, es negado cualquier tipo de realidad sobrenatural, cualificadora, se generaliza la mezcla de las razas y los estamentos, imponiendo su tiranía la materia, el número y la masa. Es la época última del caos; la era en que actualmente vivimos. En estas últimas fases surge, sin embargo, como una posibilidad, el ciclo heroico, que pretende la restauración de los valores y principios de la realidad olímpica, la reintegración en el estado primordial. En este ciclo, que surge en medio del proceso de la decadencia y como un intento de superación radical del mismo, la cualidad solar se presenta no como algo espontáneo y natural —conforme ocurría en la época originaria—, sino como algo que lucha por realizarse. En el Mito esta idea se concreta en la figura del héroe helénico Hércules, mitad hombre y mitad Dios, que consigue la inmortalidad olímpica tras una larga serie de difíciles pruebas y en prolongado combate al lado de Zeus.

En este rápido bosquejo, no puede quedar captada en toda su importancia y magnitud la compleja gama de factores que intervienen en la composición del cuadro conjunto; pero sí podemos percibir, si bien sea de modo somero, las líneas maestras de una visión mucho más completa, profunda, realista y auténtica, que todo aquello que nos ofrecen los métodos cientistas y positivistas a que nos tiene habituados la mentalidad moderna. Por lo pronto baste ya constatar que, contrariamente a lo que afirman los mitosevolucionistas, la historia, lejos de constituir un continuo proceso de avance y perfección del ser humano, se presenta como un fenómeno esencialmente regresivo y degenerativo, de empobrecimiento y caída. Y en este contexto podemos comprender más claramente y en una

más amplia perspectiva, el valor simbólico y espiritual de Thule. Esta tierra del Norte fue el centro supremo de la Cultura olímpica de la Edad Aúrea; la cual aparece definida por una espiritualidad sobrehumana que, por su integridad, elevación y radiante esplendor puede calificarse de solar y apolínea. Como señala Evola, esta primera edad de la estabilidad espiritual —idea concretada en el símbolo del “polo”, del eje inmutable—, del ser y de la verdad. Esto último aparece con claridad en el nombre que dicha era originaria recibe en la Tradición hindú: Satyâ-yuga (sat=ser; satyâ = = verdad); volviendo a reaparecer esta partícula “sat” en Saturno (Sat-urnus), nombre latino del Dios de la Edad de Oro, equivalente del griego Kronos, que habitaba en el Mare Cronium, en las regiones septentrionales del Atlántico. Por lo que se refiere a la idea de la estabilidad y del equilibrio, norma central del espíritu apolíneo —Apolo, el Dios solar heleno, en cuyo nombre parece ir recogido este principio polar, tiene su patria en las regiones hiperbóreas—, Guénon subraya que la palabra Tula quiere decir en sánscrito balanza; señalando que, según la tradición china, la Balanza celeste era primitivamente la Osa Mayor, cuyo significado simbólico iba estrechamente ligado al del polo. Imagen ésta de la balanza que como indica Guénon hace no sólo referencia a la justicia y a la armonía trascendente, sino que alude asimismo al “centro espiritual supremo”. (La idea de la estabilidad e inmovilidad espiritual queda asimismo expresada en el símbolo de la “tierra firme” en medio del caos de las aguas; el cual, como una referencia mítica o un eco de dicha época primordial ha quedado contenido en numerosas tradiciones. Es ésta una era en que la Naturaleza es al mismo tiempo, como tal, de un modo inmediato y espontáneo Supernaturaleza, estando toda realidad humana y social en íntima relación con fuerzas divinas. Hay un contacto directo entre elemento histórico y suprahistórico, entre realidad física y metafísica, entre lo humano y lo sobrehumano. La raza, que se conserva en la más absoluta pureza —pureza como plenitud y transparencia del Ser, como correspondencia clara y perfecta de Espíritu y Cuerpo— es portadora de una realidad trascendente que se expresa en su misma sangre, siempre con este sentido de naturalidad y de espontaneidad que hemos señalado, y que se halla por encima de toda contingencia y todo condicionamiento simplemente humano-terreno o de orden anímico-material.

Es por ello, por lo que este tipo humano puede ser considerado en el Mito como “divino” o “semejante a los Dioses”. En dicha raza aria originaria —escribe Evola— vive una “fuerza de lo alto que se hace

“presencia” y que la predestina al mando y a la función real, presentándola como la raza de los “que son” y de los “que pueden””. Es el mundo de la absoluta integridad. Arte, religión, acción, gobierno, norma política, vida personal, todo forma una perfecta e indisoluble unidad, que gira en torno a un eje central de fuerza pura, incommovible y constituido como manifestación de lo alto, de luz espiritual. El orden social se presenta como un orden sagrado, donde todo tiene una proyección santa. “Religio, cultus y nomos —dice Walter Baetke en su obra “Vom Geist und Erbe Thules”— están íntimamente relacionados (hängen aufs engste zusammen)”. Estado, ley, derecho y moral constituyen no un orden secular o terreno, sino esencialmente religioso, sagrado. No hay oposiciones, ni tensiones dilacerantes y destructivas. Todo se resuelve en una postura de equilibrio dominador y calma activa, realmente olímpica y apolínea. Esta realidad se expresa en la Paz, en una paz aria, señorial, dominadora, afirmativa y heroica. Paz santa y radiante, cuya esencia consiste en la afirmación de un eje integrado por realidades superiores que inspiran todos los aspectos de la vida. (Es la idea expresada en el antiguo vocablo nórdico fridhelgi = Friedheiligkeit).

Y todo esto —hay que subrayarlo— no son simples utopías o elucubraciones fantásticas, sino realidades puestas de manifiesto por la más fiel, exacta y coherente interpretación del contenido del mito y de la Tradición. (*)

Ese esplendor originario hace que el Norte se presente como la dirección santa en todas las religiones de cuño indoeuropeo. Al Norte, como señala Otto Siegfried Reuter, van orientadas las plegarias de todos los pueblos arios. En el “Jomsvikinga Saga” el héroe Jarl, al elevar sus oraciones al Walhala, dirige su mirada hacia el Norte. De “camino de los Dioses” es calificado por los Upanishads la ruta que recorre el Sol hacia el Septentrión. “Un año de los mortales es como un día de los Dioses, que tienen su sede en el Polo Norte”, dice el Código de Manú. “Incluso en la antigua Grecia —afirma Reuter— era el Norte la dirección a la que había de ir dirigida la oración, para lo cual se aducía como fundamento la situación del Olimpo, el monte sagrado de los Dioses”. Al Círculo Polar Norte había trasladado su imagen Zeus, según una leyenda recogida por Creuzer. Idéntico simbolismo nórdico-polar encontramos en la mística sufí, de raíz persa, en la cual el Polo se presenta como la “cima del mundo”, “la Roca de esmeralda a la cima de la montaña de Qâf”, donde habitan “seres de luz que han conseguido alturas espirituales inaccesibles a los terrestres”. También el místico cristiano Guillaume Postel situaba en el Polo Norte el Paraíso terrenal.

Solaridad, centralidad, estabilidad, fuerza interna, incommovilidad, elevación sobrehumana, polaridad, gloria, inmortalidad —entendida como el “estado de un alma indestructible”—, luminosidad, majestad, incorruptibilidad, virilidad espiritual, plenitud, “Vida” en sentido eminente; éstas son las notas que definen la espiritualidad aria de los orígenes. Espiritualidad que veremos reafioran, como un lejano eco del pasado, en lo mejor de la Tradición clásica: en aquel estilo real y señorial de vida que caracterizó a las aristocracias de Persia, la Hélade, Roma, y la Europa germánica del Medievo; así como a las más altas expresiones de la espiritualidad indoeuropea (cierto budismo, la mística de Meister Eckehart, el mitraísmo, la religión olímpica griega, etc.). Todas esas virtudes, que giran en torno a un núcleo radiante del Ser, constituyen la savia vital —“vital” en el sentido trascendente indicado— del lejano reino nórdico de Thule.

El Sol, el oro, el fuego —que encarnan los principios de la luz, del esplendor y de la gloria— son los símbolos de su plenitud de existencia. El Sol, astro rey y central, foco de luz y de vida, seña de las alturas, simboliza la realidad interna de una raza viril que encuentra en sí misma el principio de luz y de potencia; luz y potencia que irradia posteriormente de un modo sereno y dominador al mundo circundante, actuando como dispensadora del bien y de la paz y como mensajera del orden y de las fuerzas del cielo. De ahí que la idea solar —plasmada en la swástica y en el disco solar— aparezcan en la historia indisolublemente ligadas a las estirpes de origen ario. Por su parte, el oro, metal noble por excelencia, que está asimismo en íntima relación con el simbolismo solar, hace referencia al carácter de centralidad e indestructibilidad, de esplendor y luminosidad de una determinada actitud espiritual, plena e integral, que por su misma riqueza y vigor internos adquiere una amplitud cósmica. (No otra es la idea que su byace al principio alquímico de la “piedra filosofal”, transmutadora de los metales en oro; terminología ésta que, como todo en el lenguaje esotérico de la antigua Ars Magna, lleva implícito un hondo contenido de transformación del Yo). El oro, afirma la Tradición védica, “es fuego, luz y vida inmortal”. Aurea es la cúspide del monte Meru, equivalente hindú del Olimpo griego o el Asgard nórdico —asociados asimismo en muchos elementos a esta simbología áurea—, y que se identifica con el Centro primordial. En el antiguo Egipto se dice que el faraón “es de oro”, siendo considerado dicho metal como “fluido solar”. Doradas son, por último, las vestiduras solares de los emperadores romanos; y de oro es también el legendario Graal, concreción simbólica del principio espiritual del Imperio. Con respecto al fuego, considerado como sagrado por todas las estirpes indoeuropeas —y cuyas relaciones con la idea solar no hay siquiera que mencionar— ha de recordarse el importante papel simbólico-espiritual que, como elemento purificador e

inmaterial, desempeña en el rito de la icineración de los cadáveres. Con el elevarse de las llamas hacia el cielo, ascendía también hacia las regiones etéreas el alma purificada del héroe caído; podríamos decir —en el sentido alegórico que hemos indicado— que su ser humano se transmutaba, a través del fuego, en substancia solar, pasando a gozar de la existencia divina. (También en la simbología cristiana aparece a menudo el fuego como signo de Dios).

Todos estos elementos delinean el perfil del espíritu de aquella raza a la que Evola da el nombre de “raza solar” u “olímpica”, y que constituye la más pura esencia del arianismo. Raza a la que corresponde aquella descripción que el “Vendidad” hace de Yima, el rey persa de la época originaria: “el Resplandeciente, el Glorioso, aquél que entre los hombres es semejante al Sol”. Es en este sentido como la expresión “raza aria”, por encima de toda consideración cientista o exclusivamente antropológica, cobra su plena vigencia, debiendo de considerarse “ario” un tipo humano concreto en la medida en que se aproxime a este ideal olímpico.

Este es, pues, el significado espiritual, mítico y metahistórico, de Thule; significado sagrado, radiante, divino, racial en el más profundo sentido de la expresión. Significado de plenitud e integridad solar. Thule es la tierra del Sol; es la tierra blanca, pura y luminosa, que se alza en lo alto del lejano Norte; cumbre cósmica que simboliza la cima de la realidad espiritual. Thule es el paraíso de la Raza; la patria de nuestros antepasados; la cuna forjadora de nuestra sangre; el centro supremo de la estirpe aria; la tierra santa del espíritu olímpico. En su legado va contenida la herencia áurea, el mensaje divino de nuestros antepasados. Todo cuanto en la historia vemos de sublime, de noble y de valioso en una elevada perspectiva espiritual es una herencia de la lejana tierra de Thule, de este mundo ario-boreal de los orígenes. Thule es el Norte de nuestra existencia, el polo de nuestra concepción del mundo; representa la cumbre del camino de nuestra realización espiritual. Es la isla verde de la eterna juventud, donde luce eternamente el Sol; es la tierra del fuego sagrado que no se extinguirá jamás, por mucho que los hielos amenacen con sofocarlo. En medio de la oscuridad y la miseria humana del presente, nuestra mirada se alza hacia aquellas lejanas regiones del Norte, desde cuyo centro irradia su luz la Cruz Solar y donde la herencia espiritual de la Raza resplandece con esplendor sobrehumano.

Esa potencia espiritual, ese fuego originario de Thule es lo que nosotros hemos de reavivar en el seno de nuestra cultura y de nuestra raza. Este es el camino que hoy día hay que recorrer por imperativo de nuestra

más alta herencia; camino heroico —en la más alta expresión técnica de la palabra— que tiene por meta la restauración de la pureza y la integridad de nuestro ser. Esta será la gigantesca revolución del siglo XXI. ¿Podemos imaginar revolución más grandiosa?

He aquí el horizonte que ante nosotros se ofrece llamándonos con fuerza irresistible. Este es el destino que hemos de abrazar con gesto frío y ardiente fuego en lo más hondo de nuestro ser. Lancemos al mar las naves de combate, de proa audaz y ligera, que, con las velas hinchadas por el viento del Norte, vuelen en medio de las nieblas y las tormentas astrales rumbo a las regiones árticas; hacia la patria de Apolo. Vamos a la conquista de un mundo perdido que nos pertenece.

Somos los argonautas del mundo futuro que, con la mano firme en el timón y guiados por aquella luz del pasado que brilla en lo alto, seguimos la senda del Norte, la ruta de los Padres en busca del "vellocino de oro", en búsqueda del más puro patrimonio espiritual de la Raza, eclipsado y perdido tras siglos de decadencia. Vamos al reencuentro del Sol. Vamos a la conquista de esa luz solar que disipe las tinieblas y los temores del presente; luz que constituye la más auténtica realidad de nuestro ser y tra la cual se oculta el mensaje de Dios.

Thule —la tierra del Sol, el continente de la blancura, el país del esplendor, el centro dorado, la lejana región del fuego—: he aquí nuestro foco central. Thule es nuestro origen; Thule es nuestra meta.

Que esta revista, que nace bajo el nombre del lejano continente del Extremo Norte, sirva a la misión de orientar a nuestra España y a nuestra Europa hacia el Norte de su ser.

(*) Algunos de los extremos aportados —origen celeste de los primeros seres humanos, proximidad de Cielo y Tierra, contacto directo con los Dioses *in illo tempore*— han sido puestos de relieve en más de una ocasión por Mircea Eliade en sus estudios de la mente mítica.

Una Cita para una Imagen



Los judíos — un pueblo “nacido para la esclavitud”, como dice Tácito y todo el mundo antiguo, “el pueblo elegido entre los pueblos”, como dicen y creen ellos mismos— han llevado a efecto aquel prodigio de inversión de los valores gracias al cual la vida en la tierra ha adquirido, para unos cuantos milenios, un nuevo y peligroso atractivo: sus profetas han fundido, reduciéndolas a una sola, las palabras “rico”, “ateo”, “malvado”, “violento”, “sensual”, y han transformado por primera vez la palabra “mundo” en una palabra infamante. En esta inversión de los valores (de la que forma parte el emplear la palabra “pobre” como sinónimo de “santo” y “amigo”) reside la importancia del pueblo judío: con él comienza la rebelión de los esclavos en la moral.

F. Nietzsche

Spengler y el despertar de Europa.

Por JOSE ALSINA

No pecaríamos de exagerados si afirmásemos que la obra de Oswald Spengler puede considerarse como la primera sistematización de los numerosos gritos de angustia que en su tiempo empezaron a sonar a causa de la inminente decadencia de todos los valores occidentales, de los cuales nos afirmamos continuadores y seguidores.

En su obra capital "La Decadencia de Occidente", son analizados todos los valores y manifestaciones culturales de Europa a la luz de unos postulados básicos y fácilmente resumibles: La Cultura es la expresión monolítica de la idiosincracia de un pueblo. La Cultura que es denominada Occidental (nosotros utilizaremos la nomenclatura guénoniana y la llamaremos Moderna) no es una continuación de la Clásica, sino su negación; y finalmente, la Civilización es aquella etapa estacionaria a que llega toda Cultura en sus límites de creatividad y en los inicios de su decadencia.

Como vamos a demostrar, partiendo de los postulados spenglerianos podemos llegar mucho más lejos: hasta nuestra ideología Nacional-Revolucionaria Europea.

El binomio inalienable Raza-Cultura queda sobradamente demostrado con la evidente unidad de Estilo que manifiestan entre sí todas aquellas Culturas desarrolladas por pueblos arios.

descendientes todos de una única Raza ancestral, y en clara oposición a toda concepción semita de la existencia. La Mitología, el Arte, la Filosofía de helenos, germanos, hindúes, etc. presenta mil puntos de contacto

presentan mil puntos de contacto y analogía. Esta misma unidad de Estilo la encontramos en filósofos y artistas "modernos" por la época en que vivieron, pero clásicos, o sea europeos en su esencia, y por tanto, completamente intempestivos en su tiempo: Nietzsche, Shakespeare, Gracián, Calderón, Wagner, etc.

Pero ahora se nos plantea un problema: ¿no somos los europeos de hoy descendientes de aquellos germanos, latinos, helenos de la época clásica? ¿cómo es posible que nuestra cultura moderna rompa del todo esta unidad de Estilo con el mundo clásico, y en consecuencia con toda nuestra ancestral Cultura? ¿no será acaso que se le quiere obligar a ser algo que no es?

Resulta sumamente difícil en dos o tres páginas hacer una sinopsis de toda la historia del pensamiento occidental, pero vamos a intentarlo.

Consideremos en primer lugar el Imperio Romano, que puede ser considerado como el ejemplo vivo del postulado spengleriano sobre Cultura- Civilización: fue la realización política, militar y económica con base espiritual en el mundo Helénico, fue una civilización basada en la Cultura griega. Precisamente aquí vemos claro que al haber llegado esta Cultura a un punto estanco, increador (el primer síntoma fue Sócrates) se desmoronó estrepitosamente, no ante la invasión de los germanos (no bárbaros), como sostienen algunos miopes, sino ante un fenómeno nuevo, el Cristianismo, con sus acólitos de socratismo y neoplatonismo (que a decir verdad, de platónico tenía bien poco).

El Cristianismo en sus principios puede ser perfectamente considerado como una ideología subversiva (de origen semiótico, no lo olvidemos) que tuvo su papel clave en la destrucción

del Imperio Romano. El ciclo se cierra: Cultura, Civilización, Contracultura, Decadencia. A la concepción clásica del hombre se le opone otra completamente distinta a la esencia espiritual de Occidente: al tambalearse toda una concepción del mundo se desmorona todo el edificio económico, social y militar que sobre ella había montado.

Después de la caída del Imperio Romano, el siguiente acontecimiento trascendental para entender la destrucción del mundo clásico es la Revolución Francesa, que es la concreción de una serie de corrientes intelectuales antioccidentales, en cuya realización práctica es de notar la intervención de la Masonería judaizante francesa, en cuyas filas militaban los nuevos ideólogos: Voltaire, D'Alembert, Descartes, etc.

El Estado Liberal, con toda la concepción del mundo implícita, marca un paso muy importante en el proceso de descomposición de Occidente. El concepto dualista del bien y el mal, implícito al hombre occidental, desaparece ante el sugrigo universal; la idea de Libertad entendida como el desarrollo de las potencialidades del Espíritu desaparece ante el libertinaje individualista y finalmente la Legitimidad del Poder es sustituida por las finanzas y la usura. La concepción liberal del mundo no cambia esencialmente al aparecer el marxismo. En realidad ambas corrientes buscan lo mismo, sólo que por caminos distintos.

Toda la historia de la Cultura Europea podemos, pues, explicarla como una pugna entre dos concepciones del mundo, una de ellas, la clásica o tradicional, que hoy parece que se bate en retirada, otra, la semítica, que vemos avanzar día a día.

El problema que se nos plantea a nosotros, Nacional- Revolucionarios europeos, es: ¿debe llegar Occidente a su total descomposición, a su crepúsculo del Kali-yuga? ¿ha llegado ya el momento del resurgimiento? Quizá el tiempo nos dé la respuesta.

Música aria:

POLITICA FILISTEA DE ANIVERSARIOS

1974 fue un año de aniversarios. Y fueron a unirse tres de los más significativos nombres de la última y grandiosa música que ha aportado la cultura occidental a la Historia de la raza aria; los tres nombres que después de la muerte del Gran Titán, Richard Wagner, han quedado grabados con caracteres más indelebles en el Walhalla de la música aria: Bruckner, Strauss y Pfitzner.

Anton Bruckner, nacido en 1824 (CL aniversario en 1974), contemporáneo, amigo y seguidor fanático de Wagner y sin embargo uno de los compositores con más personalidad que han existido, fue el genio que convirtió su obra, y singularmente sus once majestuosas sinfonías, en un canto agónico y fáustico al cristianismo ario —es decir, a la idea aria del cristianismo—. Su significación rabiosamente idealista y romántica, originada en el misticismo irracionalista del compositor, de quien se ha dicho con expresión afortunada que construía sus

sinfonías a la manera de catedrales góticas, le enfrentó abiertamente con la repostería musicaloide de Johannes Brahms —y posteriormente con la del judío Mahler (*)—, protegido del más frenético y psicopático enemigo de Bruckner y de Wagner, Eduard Hanslick, influyente crítico judío del diario vienés "Neuen Freien Presse", el mismo en que el conspicuo sionista Theodor Herzl publicaba sus nefastas teorías.

Perseguido durante toda su vida pese al incondicional apoyo de Wagner —o acaso debido a él—, Bruckner no conoció apenas ningún éxito y después de su muerte y aún en nuestros días aquellos seres que Wagner denunció en su obra "El judaísmo en la música" persisten en apartarlo del público, aunque sin llegar a conseguirlo totalmente.

Fue, junto con Wagner, el compositor predilecto de Adolf Hitler, que hizo colocar su busto en el Panteón de los Hombres Ilustres de Alemania (Bruckner había nacido en la

Alta Austria, como el mismo Hitler); su VII Sinfonía —cuyo “Adagio” fue compuesto en memoria de Wagner— fue la música que acompañó, junto con la Marcha Fúnebre de Siegfried del “Ocaso de los Dioses” wagneriano, la difusión por la Radio alemana de la noticia oficial de la muerte del Führer. El silencio que se ha tendido sobre su aniversario —y sobre él mismo— es el mismo que siguió a dicha radiación.

Richard Strauss y Hans Pfitzner murieron en 1949 (XXV aniversario en 1974), aislados y perseguidos, no sólo por su creación artística, como Bruckner, sino sobre todo por su postura política personal de adhesión incondicional a la revolución nacional-socialista, en la que vieron el más grande valladar levantado frente a la decadencia y a la degeneración impuestas a la raza blanca por elementos extraños a ella. El primero había sido Presidente de la Cámara de Música del Reich —encuadrada en el Ministerio del Dr. Goebbels— y avaló con su prestigio artístico el renacer musical de la Alemania nacional-socialista. Compuso especialmente un Himno Olímpico para los Juegos de Berlín en 1936 y rindió homenaje, años más tarde, en su famosa “Metamorfosis para 23 instrumentos de cuerda”, a la Alemania que era aplastada por las fuerzas demobolcheviques.

Terminada la guerra, perdida la guerra, debió retirarse a Garmish-Partenkirchen donde falleció entre el silencio de todos, no sin antes haber compuesto algunas de sus más bellísimas páginas, como los cuatro últimos “lieder”. La inmensa popularidad de sus composiciones, y particularmente de su drama musical “Salomé”, de sus “lieder”, y de sus poemas sinfónicos —de los que no pueden por menos que mencionarse “Así hablaba Zarathustra”, inspirado en Nietzsche, y “Vida de héroe”—, así como el hecho de que los judíos Hugo Hofmannsthal y Stefan Zweig escribieran algunos libretos de sus óperas de menor importancia, impidieron que fuera totalmente relegado al olvido, pero no que toda su obra, junto con la de Wagner, fuera prohibida por las fuerzas de ocupación judías en Palestina, prohibición que sigue en vigor aún.

Más dramático fue el caso de Pfitzner. Considerado generalmente como el más puro y ortodoxo heredero de la tradición wagneriana, alcanzó con sus dramas musicales, de corte totalmente wagneriano aunque de gran originalidad, como “Palestrina”, “El pobre Heinrich” y “La rosa del jardín del amor”, así como con su obra sinfónica y de “lieder”, una popularidad comparable a la de Strauss. Pero — ¡ay! — era un ferviente nacional-socialista, más que el mismo Strauss, que a veces obraba por razones

más individualistas. Acaso por ello no alcanzó ningún cargo destacado, como aquél. Pero se había adherido al NSDAP desde los primeros tiempos de lucha, y ello le costó, a la hora del triunfo de la democracia y de la libertad, morir en la más negra miseria y ser arrinconado para las siguientes décadas. Sólo ahora, merced a un colosal esfuerzo de algunos desinteresados melómanos alemanes, empieza a reaparecer su nombre. ¿Pero cuántos de nuestros críticos, de esa pandilla de monos sabiondos y amaestrados, le conoce?

Todo cuanto de intencionado olvido fue en 1974 para los compositores europeos, se trocó en inmodestas alabanzas apuntaladas por una propaganda desmesurada en favor del descompositor judío Arnold Schönberg, nacido en 1874, uno de los padres y el máximo difusor de la antimúsica dodecafónica, esa cadena de ruidos que hieren los oídos, atentan contra la belleza y niegan al alma la categoría de creadora y receptora, en estrecha comunión, de ella.

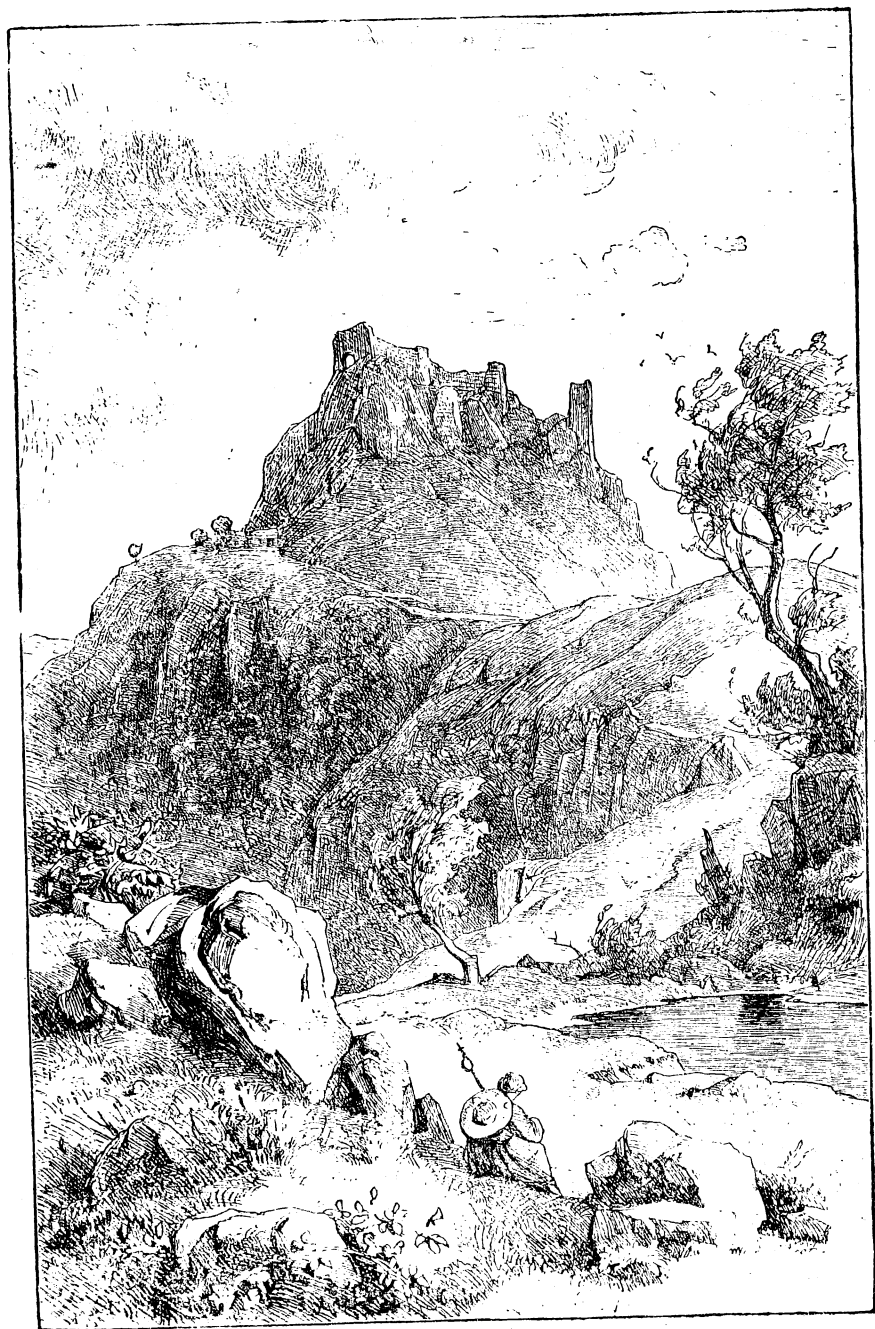
La única composición de Schönberg que, aun sin despertar emoción alguna, es audible sin molestia para los sentidos, es la "Noche Transfigurada", desesperado y stravinskyano intento de enlazar la propia obra con la tradición musical europea, tan fallido como el de atribuir la paternidad del dodecafonismo al drama wagneriano "Tristán e Isolda", "la piedra gigantesca —según palabras de Spengler— que cierra la música

occidental", con base en el supuesto absurdo de relacionar la atonalidad revolucionaria pero bella y armónica del "Tristán" con el desencadenamiento de la animalidad sobre una partitura. La "Noche Transfigurada", la única composición objetivamente enjuiciable de Schönberg es, en definitiva, una inteligente pero nada original aplicación del genio de otros músicos, antes de caer en una original payasada y convierte a su autor en lo que en pintura se denomina "copista", lo que no puede ser más exacto, ya que Schönberg es —y ello halagará igualmente a los filisteos que a nosotros— el Picasso de la música.

Sólo en nuestra época, cuando la impotencia se ha erigido en norma, ha sido posible la sustitución del auténtico genio por los engendros aupados por empresarios-marchantes, dirigentes sin escrúpulos de sociedades musicales, gacetilleros de alquiler y críticos enanos al servicio de la contracultura progresista, creada y difundida por la judería internacional. Algo inexcusable que pasará a la Historia como signo de una era arbitraria, decadente y oscurantista.

(*) Es común aserción de muchos que entre los "artistas" judíos existen algunas obras de calidad. La refutación de dicho aserto, que cae por su propia base, será origen de un próximo trabajo, que se publicará bajo el título de *Música y Raza*.

JUAN MASSANA



Ruinas del castillo de Canossa
(Apunte del autor al por Fr. Preller. 1. tomo)

Cultura frente a Contracultura.

LIBERTAD
LIBERTINAJE
JERARQUIA

Por JUAN J. BOSCH

El propósito de esta sección es denunciar el orden (aunque estaría mejor expresado "desorden") de valores introducido por la conspiración judía, y, en contraposición, presentar el orden de valores de la cultura tradicional, propia del hombre ario; con lo cual delimitaremos la idea del ORDEN NUEVO, idea de la que nos hablaron los dos grandes conductores de nuestro tiempo: Adolfo Hitler y Benito Mussolini.

Es característico de los tiempos actuales de degeneración (Kali-yuga) el falseamiento y la INVERSION de los valores a todos los niveles.

Tal situación se plantea incluso en el terreno del concepto y del lenguaje. Con la continuada degeneración de los idiomas, éstos han pasado del idioma primordial, espiritual por excelencia, el lenguaje que, cuentan las leyendas, usaron los antiguos arios al "hablar con los Dioses", la lengua de las runas, hasta el materializado y, consecuentemente, degenerado, idioma actual, en el que el concepto material correspondiente a cada palabra, ha perdido en casi todos los casos su fuerza espiritual que lo relacionaba con el concepto equivalente en el macrocosmos y en el microcosmos, e, incluso en el campo filosófico o en el metafísico, ha llegado a invertir totalmente el concepto primigenio al racionalizar la lengua, quedando convertido en la más grande degeneración materialista.

De esto último, podemos ver lo sucedido con unos cuantos conceptos conflictivos: Libertad, Honor, Amor, etc., que con la sutil modificación de la contracultura antitradicional, se han quedado

en equivalentes a libertinaje, chulería y sexo, respectivamente, que son lo inverso de lo que primigeniamente querían decir, como veremos más abajo.

Para ver en qué forma ha operado la inversión en nuestros días, es muy aleccionador ver lo que ha sucedido con el concepto de Libertad. Para distinguirlos, escribiré Libertad para referirme al concepto tradicional, y libertad, para el judío.

En los tiempos modernos, tal palabra viene a ser sinónimo, más o menos, de facultad material o social de hacer lo que a uno "le venga en gana", con más o menos limitaciones — "mientras no se moleste a los demás", "mientras no se haga daño", etc.—, las cuales, de puro forzadas, no hacen más que abogar en pro del concepto ácrata. Así, por ejemplo, se dice hoy en día que un perro es totalmente libre(!).

Todo esto constituye una falsificación absurda del concepto tradicional de libertad, que se tenía hasta hace poco.

Friedrich Nietzsche, en su "Crepúsculo de los ídolos" acierta de lleno en el concepto tradicional al escribir:

"...Pues, ¿qué es la Libertad? TENER VOLUNTAD DE AUTORRESPONSABILIDAD. Mantener la distancia que nos separa. Volverse más indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, incluso a la vida. Estar dispuesto a sacrificar a la propia causa hombres, incluso a uno mismo. La Libertad significa que los instintos viriles, los instintos que disfrutaban con la guerra y la victoria, dominan a otros instintos, por ejemplo, a los de la "felicidad" ... "

"...El hombre libre es un GUERRERO..."

"...Sentido en que yo concibo la palabra Libertad: como algo que se tiene y no se tiene, que se quiere, que se conquista..."

Vamos a extendernos sobre ello. Para aclarar mejor estas palabras de Nietzsche, iremos al concepto clásico. Esta "voluntad de autorresponsabilidad" se puede traducir de este modo: "Iluminación del Espíritu que faculta al hombre para decidir". Véase que es un atributo, o una cualidad, del Espíritu, por lo que no tiene que ver con las decisiones tomadas por influjo del mundo de los deseos, o impulsos materiales. Es seguir los dictados de esta INTUICION su-

perior, de la que hablaban Shopenhauer y Guénon, entre otros. Así, Libertad es concepto más parecido a autodominio, en el sentido de que para que un hombre sea totalmente libre, debe dominar sus instintos corporales y afectivos, debe volverse indiferente a sufrimientos y a sentimentalismos, debe, enfin, estar carente de deseos. El superhombre es un ser totalmente libre. Por esto "el hombre libre es un guerrero", un luchador, alguien a quien no le importan los poderes materiales —interiores o exteriores— congregados en su contra. Por esto la Libertad es "algo que se tiene y NO se tiene, que se quiere, que se conquista". El hombre libre está dispuesto a renunciar a la vida, pues nada le puede atar. Hombres libres a lo largo de la Historia fueron, por ejemplo, los mártires y santos no judaizantes cristianos, santones hindúes, héroes, Adolfo Hitler, Ramiro Ledesma... En cambio, no son libres el vicioso, el traidor, el avaro, el materialista, el que se deja sobornar... Vemos, pues, que Libertad y Honor están íntimamente ligados.

Llegados a este punto, el lector se preguntará cuál ha sido el proceso por el cual ha podido invertirse el concepto. Este proceso es muy aleccionador, dado que casi siempre ha sido el mismo. Se ha tergiversado en el terreno de la aplicación social o material del concepto metafísico, negándose, además, implícitamente, el sentido total.

Del concepto de Libertad, aplicado a la sociedad, se deduce el de JERARQUIA, pues, formada la sociedad, existirán individuos con diferentes grados de Libertad, y éstos determinarán de forma natural el ordenamiento de la sociedad, pues, ¿quién está más capacitado para decidir el destino de la Nación, sino aquél que no tiene ninguna traba interna ni externa, que está iluminado por el Espíritu? Y he aquí el auténtico sentido de la aristocracia, del "fürrerprinzip", la idea tradicional de que la autoridad (auténtica) es delegada por Dios (Espíritu) que hoy parece tan "anacrónica" a nuestros modernos.

Definiendo como LIBERTINAJE "la facultad social o material de hacer lo que el sujeto quiera o desee", es lo más normal que al ordenar una sociedad, pueda tener más libertinaje quien posea más Libertad. No puede decirse a un ladrón o a un asesino, por ejemplo, "haz lo que quieras", mas sí en cambio puede decirse a un santo.

Es ahí donde la perversión materialista ha incidido, con gran suileza. Gracias a los autores materialistas y a los medios de informa-

ción en manos de los conspiradores judaizantes, se ha hecho olvidar con el tiempo, el sentido profundo de la palabra, y, una vez olvidado, cuando la palabra libertad sólo tiene sentido social, es muy fácil identificarla como libertinaje, ya que, en lo social, son dos nociones — como hemos dicho antes — muy relacionadas.

Con esta materialización del concepto, se ha llegado en la práctica a la inversión total, pues tal como entienden la libertad los materialistas actuales, ésta viene a representar un dejarse llevar por los instintos materiales, los de la “felicidad” (en lenguaje nietzscheano), el pacifismo (cobardía), el pretendido divorcio fuerza física - intelecto (que viene a ser una justificación de la holgazanería, en contra del clásico “mens sana in corpore sano”, ideal del hombre integral), etc. Y estos instintos niegan implícitamente el Espíritu, así como el principio de la Jerarquía. Así tenemos esbozado el espíritu profundo de las democracias actuales, ácratas, bolcheviques y demás chusma. Lo peor de todo es que incluso los que teóricamente habrían de ser la élite de la Nación, también se han visto afectados por esta subversión de valores; véase si no, algunos “falangistas” en la actualidad...

He aquí completado el proceso de inversión, el cual, acompañado de otros procesos parecidos, ha dado lugar, con diversos altibajos a lo largo de la historia, al actual sistema de valores.

Este proceso se muestra claramente en esta tabla comparativa del cambio de la Jerarquía:

TRADICIONAL	ANTITRADICIONAL
Poder Divino : (Brahman) - (Obispo)	Proletariado (véase marxismo)
⇕	⇕
P. Militar (élite) : (Kchatria) - (Conde)	Burguesía (véase capitalismo)
⇓	⇓
Hombres libres : (Artesano) - (Burgués)	Elite - Aristocracia - Ejército
⇓	⇓
Siervo o esclavo : (Paria) - (Gleba)	Eclesiásticos (auténticos, claro)

Poderes unificados

Poderes separados

En esta tabla, que no precisa de gran explicación, apreciamos la inversión total de la Jerarquía, consecuencia de la inversión de los valores.

Dado que la Jerarquía venía también determinada en forma racial, la sociedad tradicional estaba dividida en castas, las cuales tenían terminantemente prohibido mezclarse entre sí (el mestizaje es un crimen contra natura, un atentado contra la obra de Dios), lo cual ayudaba a la mejora del hombre, o, al menos, a su no degeneración. La sociedad moderna ha roto también con este principio: la propaganda judaizante incita al mestizaje y a la promiscuidad, en aras a una "liberación sexual", que en vez de liberar, esclaviza al hombre mucho más de lo que lo está; con lo que ocurre el fenómeno que nos sirve de termómetro de la situación actual: la degeneración de la raza blanca, de la raza de los hombres libres, de los welsungos en la Tetralogía de Wagner, la raza de los hombres tan libres, que hablaban con los Dioses; y si esta raza, que como Atlas, sostiene sobre sus hombros el destino de la humanidad entera, degenera, ¿qué ocurrirá con las demás?

Pero la inversión, por su propio carácter de simple y pura negación, es inestable y muy poco duradera, ha de acabar; lo único que permanece es la Tradición, y con ella, la raza cuyo destino es ser la fiel depositaria de esta divina concepción total del mundo: la raza blanca.



El mercantilismo, signo del marchandismo artístico

Por JOSE TORDESILLAS

Muchos enfoques pueden considerarse a la hora de estudiar la contraposición entre el arte figurativo y el arte abstracto. Unos harían relación a su elaboración material, otros a su sentido espiritual, otros... pero pocos escritores tendrán en cuenta las diferencias de función que uno y otro originan considerados como dentro de un determinado orden social.

Cuando, en otras épocas, el artista creaba, como lo hizo del Renacimiento hasta nuestro siglo, o cuando el pueblo entero era el que levantaba la obra de arte, como lo hicieron en las épocas medievales, no había otros móviles, quierase o no reconocer por algunos recalcitrantes críticos actuales, que el deseo de expresión, el logro de un ideal o la plasmación de un sentimiento... lo que sí es evidente es que mucho tendríamos que retorcer la Historia del Arte para encontrar móviles económicos en todas aquellas creaciones.

Muy otro es el enfoque del llamado "arte actual". Todas las escuelas, todos los ismos, todas las tendencias abstractas, han nacido, ya desde sus orígenes, como una importante operación monetaria, como un negocio, realizado por una privilegiada casta de individuos. Basta repasar los nombres de los marchantes judíos, un Stein por ejemplo, que arrojaron a Picasso y a tantos, hoy famosos, pintores en su primera época, y que imprimieron auge a estas tendencias, para comprender que, sin un descarado planteamiento mercantilista, el "nuevo" arte y la loca carrera de los "ismos" que asolaría a Europa en las dos primeras décadas del siglo no hubiera podido ser la lógica consecuencia del prolífico impresionismo y las genuinas tendencias de finales del siglo pasado.

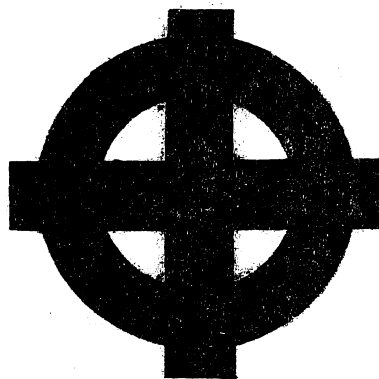
La supeditación de la inspiración del artista al poder del dinero, al interés del marchante, a la fama proporcionada por la prensa, es la más clara muestra de la superchería de las más renombradas exposiciones de nuestra época. Que con esta política represiva y discriminatoria para con el arte figurativo, realizada, descaradamente y sin tapujos, por el Capitalismo judeo-americano, se ha conseguido anular a las élites europeas más sensibilizadas y mejor dotadas, las artísticas, lo evidencia el caos actualmente reinante en el mundo de las artes. En tales condiciones, un resurgir de la Cultura europea puede parecer inimaginable.

Quien conozca por dentro, aunque sólo sea un poco, el "mundillo" de las salas de arte, de las galerías, de los críticos y expositores, quien haya visto subir a un pintor a fuer de comisiones, o publicadas laudatorias críticas en pago de envidiables regalos de obras por parte de su propio autor, quien de verdad sepa cómo funciona todo el tinglado suntuosamente montado de las aparentemente inofensivas salas de exposición, no podrá dudar ni por un momento que las tendencias que se autodenominan "de vanguardia", y que pretenden arrogarse el papel de innovadoras, protestatarias e inconformistas, no son más que la huella, el arma, la útil herramienta, de que se sirve el Capital para penetrar hasta los sectores más sanos y más inquietos del pueblo, destruyéndolos.

Cuando el mercantilismo dicta el arte, éste no puede ya, por principio, calificarse de tal. Cuando la obra de arte nace por el dinero, deja de ser artística. Podrá hablarse de experimentación, de búsqueda de nuevas vías, podrán inventarse nuevos vocablos, pero la obra de arte, como tal, ya ha muerto. Este "arte degenerado", como se le calificó en uno de los escasos y rápidamente ahogados intentos de resurgimiento de la Cultura europea en nuestro siglo, frente a la invasión de los dólares judeo-americanos, es la piedra de toque de la destrucción de Europa.

Los sistemas económicos podrán variar, la ciencia podrá

avanzar con más o menos rapidez, pero cuando el arte es corrompido por la ambición mercantilista, cuando el artista se ve supeditado al capital para subsistir, cuando debe seguir sus consignas y sus dictámenes o resignarse a una castración total (¡cuántos verdaderos artistas podríamos citar, que viven desconocidos por completo del público por no querer rendir su arte a los dictámenes de una moda impuesta desde arriba!), entonces podemos decir que el hombre, y con él la humanidad, ha perdido su forma más elevada de expresión, su más noble espíritu creativo... entonces podemos decir que volvemos a la Prehistoria, que, si un nuevo, repentino, enérgico resurgir revolucionario no lo impide, nuestra civilización desaparecerá del mapa, ahogada en sus propios intereses creados... Y todo ese progreso del que tan orgullosos nos sentimos, pero que tan vacíos nos deja, no podrá salvarnos de la más absoluta decadencia.



De la escuela de guerra de la vida: lo que no me mata me hace más fuerte.

F. Nietzsche

Crítica del Darwinismo.

Por JOSE ALSINA

La obra de Carlos Darwin ha sido sin duda una de las más influyentes, junto con Marx y Freud, en la creación del llamado “pensamiento moderno”, y por ello, hemos visto la necesidad de dar al militante una información suficiente al respecto para que pueda tomar ante ella una postura consecuente con nuestra ideología.

El pensamiento Evolucionista moderno, completamente marxista y materialista, ha sido llamado impropriamente Darwinismo o Neodarwinismo, pero en realidad no ha sido más que una interpretación muy particular de una obra enteramente limitada a lo científico, como fue la de C. Darwin, en terrenos filosóficos e incluso económicos. Las bases de esta interpretación fueron sentadas por los biólogos Haeckel y Huxley, y es a ellos, más que al mismo Darwin, a quien nos proponemos refutar y combatir.

En el “Origen de las especies” y el “Origen del Hombre”. Darwin nunca llega tan lejos como se le ha querido hacer llegar, sino que simplemente recopila una serie muy extensa de hechos y observaciones experimentales a favor de dos hipótesis: la del transformismo de las especies —la palabra “evolución” la emplea pocas veces— y el parentesco filogenético de la especie llamada “Homo Sapiens” con los otros primates. Vamos a analizar estas dos cuestiones,

Pondremos especial empeño en diferenciar los términos "Transformismo" y "Evolución": el primero responde a la hipótesis de que las especies animales no sean fijas e inmutables, sino que varían según las leyes de la Selección Natural y de la constante adaptación al medio; el término "Evolución", por el contrario, responde a toda una visión del mundo viviente y del Hombre que encaja perfectamente en la ideología materialista, e incompatible con la nuestra, pues supone una linealidad constante y ascendente en todo cambio, y ve como meta final, una inevitable etapa final de la historia. El liberalismo, el positivismo, el racionalismo, el marxismo, e incluso algunas escuelas del pensamiento cristiano —Theilard de Chardin— son evolucionistas.

A este tipo de concepción del Universo oponemos nosotros la idea de los ciclos, la Rueda Universal y el Eterno Retorno, que es fácil comprobar que son incompatibles completamente con cualquier idea de tipo evolucionista.

Haeckel y Huxley tomaron los datos acumulados por Darwin a favor del Transformismo como argumentos irrefutables a favor de la Evolución, extendiendo el pensamiento evolucionista a otros campos, y sin añadir nada de su parte: realizaron un clarísimo fraude científico. Es de advertir que así como Darwin fue hombre apartado de toda inquietud política e ideológica, sus dos "defensores" eran ardientes positivistas y furibundos liberales, ideas que en su época estaban aupadas por la masonería judaizante.

El primer defensor del Evolucionismo biológico fue el francés Lamarck, que vivió durante la Revolución Francesa y colaboró con ella, estando probablemente en contacto con la masonería francesa de su época, o por lo menos, bajo su in-

fluencia ideológica, liberal y racionalista. Sus ideas actualizadas —Neolamarkismo— han sido muy defendidas por la escuela marxista soviética de Lisenko. Antecesor de Lamark fue Buffon, muy influenciado por la Enciclopedia y el pensamiento racionalista y cartesiano.

Mucho más complicado es el tema del “Origen del Hombre”. Es necesario tener en cuenta desde un principio que Darwin huyó siempre de todo tipo de especulación filosófica y trató de ceñirse al concepto de especie “Homo Sapiens”, concepto que nosotros consideramos particular, mientras que el de Hombre lo vemos mucho más general; vamos a explicarlo con más claridad: El Hombre es un fenómeno UNIVERSAL, ESPIRITUAL y ETERNO. Siempre ha existido y siempre existirá, y está sujeto a los inexorables ciclos que rigen el Universo, alcanza momentos de esplendor y plenitud espiritual, y cae después en épocas de decadencia. Creo que no es ni necesario recordar que actualmente vivimos en una de estas épocas de decadencia (Kali Yuga).

Este Hombre espiritual necesita un Soma o Cuerpo para organizarse, y en este caso lo hace en una Especie llamada “Homo Sapiens”. Que esta especie pueda estar emparentada con los primates es una cuestión que puede o no ser admitida, pero lo fundamental es negar el concepto evolucionista de que el Hombre es un primate con cerebro superior. Hemos de tener como dogma de fe el que EL ESPIRITU NO PUEDE SER GENERADO NUNCA POR LA MATERIA, AUNQUE MUCHAS VECES SE EXPRESE A TRAVES DE ELLA.

Resumiendo, pues, rechazamos el Darwinismo entendiendo como tal la interpretación que de él hicieron, evolucionista y materialista, Haeckel y Huxley de la obra puramente científica de Carlos Darwin.

Libros:

“La crisis del mundo moderno”

Autor: René Guénon.

Editorial Huemul.

René Guénon (1886-1951) ha sido uno de los más preclaros estudiosos de la Tradición primordial del hombre ario. Basándose sobre todo en las tradiciones orientales, se dedicó a la búsqueda de una Tradición para Occidente, que creía había de hallarse en el Cristianismo y en las religiones orientales, con preferencia el taoísmo, brahmanismo, zen, lamaísmo y budismo puro, apartando la estafa teosófica.

Todo aquél que quiera penetrar en el estudio de la Tradición es casi forzoso que al iniciarse lea su obra, aunque, como aclararemos más tarde, en cuanto a conclusiones, debe leersele con criterio propio y actualizado.

El libro que hoy nos ocupa, de 175 páginas, fue empezado en 1917, y salió a la luz diez años más tarde. En él René Guénon hace un análisis profundo de nuestra degenerada civilización, la cual, con la incorporación de factores extraños a nuestra Cultura, ha perdido todo contacto con la Civilización tradicional, en la que ella imperaba, invirtiendo el orden de los valores: cantidad-calidad, materia-Espíritu, etc., convirtiéndose en materialista y antitradicional. Muestra que este proceso ha sufrido una serie de altibajos característicos a lo largo de la historia. Epocas muy poco degeneradas, cita Guénon, son la Edad Media, la Grecia pre-clásica —de antes de Sócrates—, etc.; en contraposición a épocas materialistas como el Helenismo y el mundo moderno.

También nos expone en el libro el punto de vista tradicional de la Historia, realzando el hecho de que es cíclica. Punto de vista de todos los grandes tradicionalistas, de Nietzsche, de

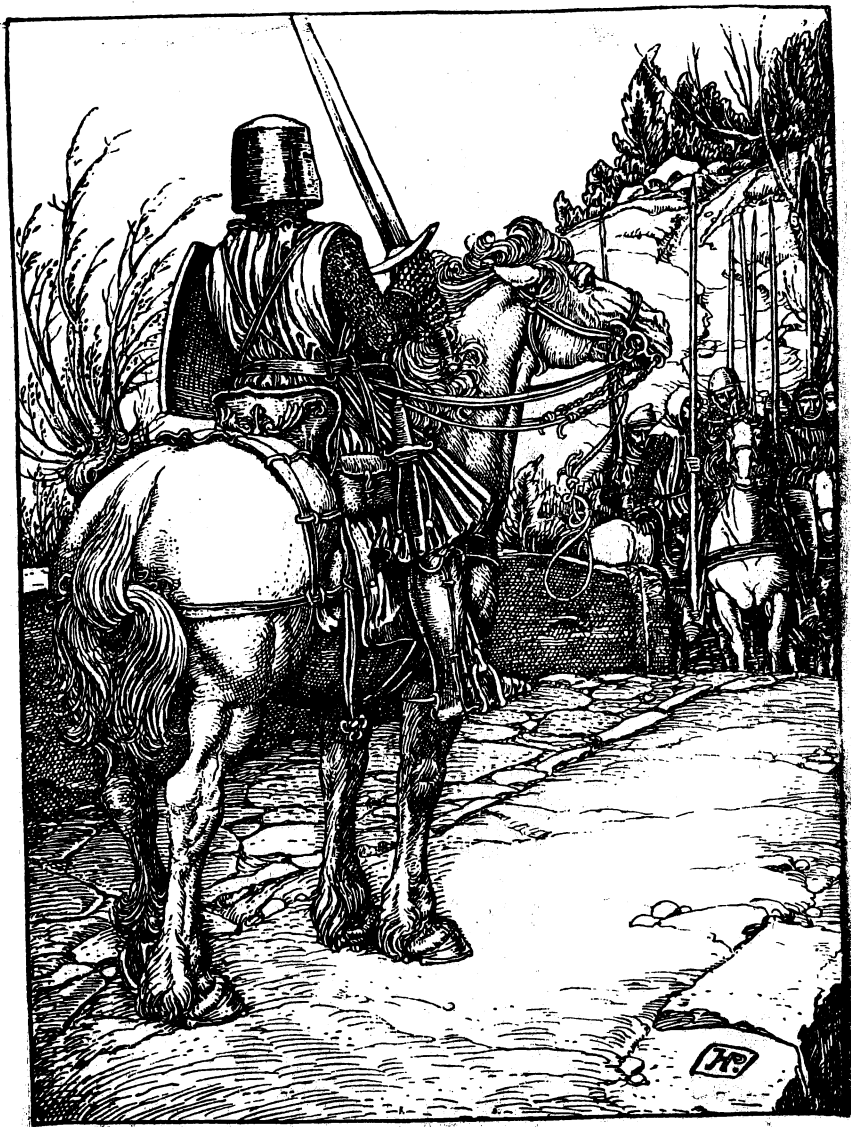
Mircea Eliade y otros. La Tradición hindú estudia la marcha de un ciclo completo o "Manvantara", el cual lo divide en cuatro grandes edades o "yugas", y cada yuga va precedido de una "aurora" y seguido de un "crepúsculo", los cuales lo enlazan con el yuga anterior y con el posterior, respectivamente. (Véase que la Tetralogía wagneriana deja traslucir esta idea). Cada uno de estos yugas disminuye geométricamente de duración, hasta llegar al "Kali-yuga", período actual, que parece tener 26 mil años.

René Guénon compara las características del período final del Kali-yuga con las de nuestra civilización actual, para deducir inmediatamente que se acerca el final de este Manvantara, en el que, por máxima degeneración, se destruirá esta nueva Sodonía, para dar paso a una nueva Aurora que significará una regeneración del hombre, y una preparación a una nueva "Edad de Oro", al Imperio del Superhombre. Pero, si el hombre no se regenera, o lo que es equivalente, si no se regenera el hombre de Occidente, el cambio ocurriría en forma catastrófica, y entonces sería el fin de nuestra Raza, y en consecuencia, el fin del hombre sobre la Tierra.

Por consiguiente —deduce— hay que superar este Kali-yuga, período de disminución del hombre en todos los terrenos, período de disolución y destrucción; no se olvide que la Diosa Kali es la Diosa de la destrucción y la muerte, la fiel ayudante de Siva. Para ello es necesario formar una élite de hombres que sean el depósito de la Tradición, unos nuevos guardianes del Grial. Estos hombres, además, deberán encargarse de adaptar la Tradición primordial a las costumbres de Occidente, y, según Guénon, esta Tradición es conveniente que adopte la forma del Cristianismo, que, según él, es el único movimiento occidental en el que quedan todavía muchos aspectos tradicionales (?). Comenta a este respecto lo fútil que sería hacer renacer la Tradición Celta, pues —opina— no existen elementos de juicio para sacarla a la luz, y, además, no sería "popular". Este es —al modo de ver del comentarista— uno de los principales fallos de René Guenon en esta obra. Creo, particularmente, que no se puede regenerar una

manzana podrida, y si se quiere una manzana sana, mejor coger una nueva que no haya caído aún del árbol. Por otra parte, la Tradición Celta se conserva con bastante pureza, dado que existen centros druídicos —como antaño— que quizá no conociera Guénon, y existen restos muy importantes de dicha Tradición, provenientes del último renacimiento, ocurrido hace unos 700 años, aunque en forma parcialmente cristiana, de esta Tradición: el movimiento albigense en la Languedoc; y puestos a elegir, indudablemente prefiero una Tradición en la que no estén mezclados componentes judaizantes y antiarios, una Tradición viril y aria. Hay que tener en cuenta, lo que disculpa al autor, dos factores: el primero es que Guénon se dedicó casi exclusivamente al estudio de las tradiciones orientales, descuidando quizá un poco, o no profundizando demasiado, en el Celtismo —como hicieron Evola, Rosemberg, entre otros—; el otro factor sería que en 1917 el Cristianismo estaba en mejor situación que hoy; nosabemos, aunque nos lo suponemos, lo que diría René Guénon ante la iglesia (sí, con minúscula) postconciliar, el IDO-C, etc... Hay que reconocer que de la gloriosa Iglesia Medieval se conserva hoy muy poco, por no decir nada.

En resumen, libro muy bueno, aconsejable al militante que quiera ampliar su campo ideológico, aunque, como decía al principio, hay que leerlo con la opinión formada, y con una idea clara de nuestra mejor estrategia en este campo. Es también aconsejable este libro porque se dedica simplemente a sugerir los temas, obligando al lector a continuar en su estudio; concretamente, éste es el libro que me introdujo en el estudio de la Tradición, induciéndome a continuar, cosa que no hubiera hecho, por ejemplo, un texto de Aurobindo. Es quizá un obstáculo para la feliz lectura de este libro, el que su autor lo planeó como continuación de otras obras suyas, sobre todo de su "El Teosofismo, una pseudo-religión", que no se encuentra en España, y hay que armarse de gran paciencia para poder pedirlo a La Ed. Huemul de Argentina, pues hace más de seis meses que lo tengo pedido, y todavía estoy esperando.



Frente a la decadente cultura burguesa
Frente al tradicionalismo ochocentista y retrogrado
Frente a la anticultura judía :
Comunismo y Finanza
Se levanta la nueva revolución de la Tradición
El Nuevo Orden de nuestra Raza.

